

La eficacia perdurable de la investigación Ante los 30 años del Instituto de Filosofía del Derecho

Pedro A. Barboza de la Torre

Instituto de Filosofía del Derecho "Dr. José M. Delgado Ocando"

Facultad de Ciencias Jurídicas y Políticas

Universidad del Zulia

Maracaibo, Venezuela

Resumen

El artículo ofrece valiosas consideraciones ganadas en la experiencia, que el autor halló en los veinte años que le ha servido al Instituto de Filosofía del Derecho "Dr. J.M. Delgado Ocando", y por más de medio siglo en la Cátedra, formando abogados y recibiendo cursos en Venezuela y otros países, además de produciendo Manuales para la Investigación, como fundador del Consejo de Desarrollo Científico y Humanístico de nuestra Universidad, como Director de dos Escuelas de la misma y como alumno de numerosos cursos para graduados. El artículo será provechoso para los investigadores noveles y también para investigadores veteranos.

Palabras clave: Formación, cultura, autor, solidaridad.

The Lasting Effectiveness of Research

Abstract

This article offers valuable considerations taken from the experience that the author has accumulated over the twenty years that he has served in the Institute of Philosophy of Law "Dr. José M. Delgado Ocando", and over more than half a century as a professor, preparing future lawyers and participating in courses in Venezuela and other countries, the producing Research Manuals, as founder of the University Committee for Scientific and Humanistic Development at the University, as Director of two different Schools in the same University and as a student in numerous post-graduate level courses. The article will be valuable for beginning researchers as well as for veterans in this process.

Key words: Formation, culture, author, solidarity.

El Instituto de Filosofía del Derecho "Dr. J.M. Delgado Ocando", donde he compartido ideales, objetivos y un grato compañerismo durante veinte años, está conmemorando tres décadas de existencia. La idea creadora surgió en la Cátedra. En 1971, nació como Centro de Estudios Filosóficos, tres profesores y un puñado de estudiantes fueron los parteros y criadores. Porque creyeron en el proyecto, perseveraron hasta conseguir que en 1975, fuese transformado en un Instituto de Investigación.

Que hayan transcurrido tres décadas, ha pasado una generación. Los jóvenes que siempre creyeron en la posibilidad de producir una valiosa aportación en la Filosofía Jurídica, efectivamente insistieron, estudiaron, enseñaron, investigaron, publicaron, concurren a eventos donde confrontaron y vivieron la compañía de reputados filósofos y maestros, hasta lograr algunos de ellos constituirse en focos de atracción constitutivos de equipos y de cierta manera, círculos y escuelas que superaron la natural modestia de la época y que hoy viven la alegría de verse citados o copiados en

obras y cátedras de Europa y América, inclusive, también la con-sagradora invitación a congresos y cátedras especiales y extraor-dinarias de Escandinavia, Italia, España, Bélgica y países de América.

Prestigiosos profesores de ambos lados del Atlántico, contribu-ieron a su edificante cátedra en las aulas del IFD. Brillantes in-vestigadores y maestros de reputadas Universidades de Venezuela, consecuentes en su generosidad, siempre han sido huéspedes del Instituto e invitantes del mismo, que han posibilitado a nuestros investigadores concurrir a Congresos y Reuniones muy importan-tes, vinculados con la Investigación de la Filosofía del Derecho.

Ha crecido el Instituto, que en sus treinta años es un labora-torio científico con diez áreas de permanente estudio y persecu-ción de la Verdad, donde son notables los incansables estudiosos dedicados a la Investigación de la Antropología Jurídica, Sociolo-gía Jurídica, Filosofía Jurídica, Axiología Jurídica, Teoría del De-recho, Informática Jurídica, Metodología del Derecho, Integración Latinoamericana, Historia de la Filosofía del Derecho y la Forma-ción y Adiestramiento para la Investigación.

“Frónesis” denomínase la revista cuatrimestral arbitrada del Instituto, que está acreditada por el Registro de Publicaciones Científicas del CONICIT y aparece reseñada en “Ulrich’s Interna-tional Periodicals Directory, The Philosopher’s Index (Bowling Green), International Research Centers Directory, REVENCYT.

Fundar un Instituto de Filosofía del Derecho en una ciudad capital de una región de economía petrolera, no es sencillo. Man-tenerlo vivo y en un proceso de crecimiento, en una Universidad que sólo tenía 25 años de reabierta y en una ciudad donde existe poca tradición del arte de la lectura, no es una misión sencilla. En esta ciudad donde la Biblioteca pública tiene tres años sin el ser-vicio de lectura, mientras para tres millones de habitantes sólo se cuenta con una biblioteca municipal de autores venezolanos, pe-queña y de horario reducido, es casi inexplicable.

Resulta siempre una proeza lograr suficientes recursos para la Investigación. Inclusive en los Estados Unidos, que goza de la fama de ser el país lleno de cultura y recursos. Cuando en agosto de 2001 empezó a notarse allí, el comienzo de una anunciada “recesión”, en los centros de estadística de la economía, se notó que había “el cese de los gastos de investigación y desarrollo” en casi todas las actividades. La investigación, en todas partes, es la cenicienta. Piénsese lo que sucederá a la Investigación en USA, después de la agresión hecha al centro financiero de New York.

En general, se denomina “ciencia” a todas las ramas del saber humano, susceptibles de demostración y, por extensión, a algunas facultades de la sabiduría, aunque no tengan esa certidumbre de principios. En la Antigüedad se acostumbró enseñar secretamente las ciencias y las artes. En Egipto, unos sacerdotes sólo enseñaban ciencias, y otros, sólo artes y todo alumno debía previamente someterse a exámenes de vocaciones y aptitudes, que nunca podía conocer el público. Algunos otros países imitaron esto hasta finales del siglo XVII. En Inglaterra, aún se acostumbra denominar “misterio” a algunas profesiones.

Hay quienes no aceptan llamar “ciencia” a toda sabiduría lograda por el empleo de las facultades intelectuales, metódicamente ordenadas. Para ellos sólo es “ciencia” el conocimiento que se alcanza para poder explicar por qué y cómo ocurren los fenómenos naturales. Todo otro “saber”, únicamente merece el calificativo inferior de “estudio humanístico o social”. Es como si el calificativo de “ciencias” estuviese reservado para la investigación en el campo de las manifestaciones “naturales”, que exigen el uso de un telescopio, un microscopio, un termómetro u otro efecto cibernético. Tales personas conservarán su defectuoso enfoque, pero exageran. Las ciencias, todas, se basan en la investigación hecha en el uso riguroso de la observación y la experimentación. Tan fundamental es la observación como la experimentación, pero se yerra al dudar de la experimentación hecha sin el auxilio cibernético. La UNESCO lo ha explicado de varias maneras.

“Ciencia” es todo conocimiento cierto demostrado y comprobable, pero su “certeza” debe hallarse en sus principios y causas y por ello lo encontramos en las conclusiones. El saber científico debe constituir erudición, habilidad, maestría. La palabra “ciencia” es derivada del vocablo “sciens”, que significa instruido, y no otra cosa.

El pedagogo francés Hipólito Rivail, en un trabajo publicado en 1857, explica que en Suiza aprendió de su maestro Pestalozzi, que toda ciencia es obra colectiva de los siglos y de una multitud de hombres donde cada uno aportó sus observaciones, que aprovecharon quienes siguieron aportando. Por ello, la enseñanza es, pues, en realidad, la revelación de ciertas verdades científicas o morales, físicas o matemáticas, hechas por hombres que las conocen, u otros que las ignoran y que sin esto, las habrían ignorado siempre.

Cuando se escribe algo y el trabajo debe ver la luz, hay que hacerlo con el desprendimiento y la bondad de don Miguel de Unamuno, el inmortal Rector de Salamanca. Suya es esta expresión: “Los “libros son mis hijos, que he echado al mundo para que esparzan sus luces”.

Leer es vivir alimentando el espíritu, que es “lo que la gimnasia para el cuerpo”, según el autor inglés R. Steel.

Cuanto hagamos para estimular o fomentar el arte de la lectura, es, en cierto modo, algo que contribuirá a mejorar la investigación científica, porque hallo difícil imaginarme a un investigador novel culturizándose como investigador, si no ha aprendido a ser un asiduo lector. La lectura es fuente de habilidad para reflexionar. El buen lector aprende dos estilos de reflexión: reflexiona en el proceso de aprendizaje, pues debe hacerlo durante la lectura y reflexiona también antes y durante el proceso de investigación. Esta segunda es la que estimula el “ingenio” para descubrir con agudeza de observación, buena memoria, riqueza de imaginación, entrenamiento mental en el estudio y la capacidad misma para reflexionar. Sólo los investigadores experimentados han aprendido a diferenciar los dos tipos de aprendizajes.

El buen investigador se prepara para ello en dos escenarios, en la biblioteca leyendo, estudiando, y en el aula, dictando clases. Una clase es una disertación hecha a un público homogéneo, que puede estar formado por bachilleres o profesores o simplemente, por amigos del disertante, pero si la enseñanza se hace a un público heterogéneo, se llama discurso o conferencia.

Cuando debo enseñar, mi aporte no es una mera recitación, porque allí debo actuar como un Maestro. No debo memorizar, porque enseñar es dictar teoría y seguidamente armar con otras indicaciones la pieza, objeto o mecanismo que la teoría indica. No puedo olvidar que mi clase va dirigida a quien quiere aprender. El profesor que se precia, no puede olvidar que su clase no es una masa para aplaudir, sino la presencia de varias almas inteligentes que vienen para “aprender como lo hizo el profesor”. Simultáneamente, el profesor no debe olvidar que su misión es la de contribuir para formar una generación nueva de pensadores.

Por lo dicho, el gran educador argentino Domingo Faustino Sarmiento expresó: “Las escuelas son las bases de la civilización”.

Hay profesores universitarios que encuentran incómodo para un investigador, tener que cumplir horas de clases. Pienso que están equivocados, porque la necesidad de dictar clases, obliga a mantener actualizado el esfuerzo de utilizar en el discurso del aula los términos más apropiados, la capacidad de organizar la exposición con las palabras más correctas y pertinentes. Quien necesita utilizar sólo las palabras exactas y colocarlas en las oraciones mejor expuestas, es persona que enriquece su experiencia y sabe alcanzar éxitos en su vocabulario. Esto, a mi juicio, es muy útil al investigador, cuya labor en gran parte, consiste en escribir y publicar sobre las “verdades” que ha manejado como un descubridor o un deshacedor de encantos.

Desde el Renacimiento y más exactamente, desde el siglo XVII, cuando se produjo la “revolución científica”, el escritor de obras para la educación debe hacerlo con el dominio de una técnica racional,

que es opuesta a la mentalidad feudal o religiosa, como Alfredo Von Martín lo explica en su libro *Sociología del Renacimiento* (1962:38). Debido a ello, el investigador escribe su Memoria de la investigación, producto de su asedio, su pesquisa y su trabajo, con un inalterable propósito de mantener un sostenido respeto para quienes comparten o practican creencias o costumbres diferentes o reñidas con las manejadas en la Memoria resultante de la Investigación. No se trata de ignorar a los disidentes, sino de no mostrar por ellos desprecio o intentar ridiculizar lo que hayan publicado.

Tampoco debe el investigador, descender a utilizar su libro o folleto para responder al ataque de alguien que lo desprecia o ataca en alguna forma. El famoso Víctor Hugo, en este caso, aconseja, “Cuando más pequeño es el corazón, más odio alberga” y mi amigo Domingo Alberto Rangel escribió en uno de sus artículos, lo siguiente: “Nada valen bombas donde sobra corazón”.

El investigador que comete el error de pretender trabajar sólo en un proyecto cuyo resultado puede vender a buen precio, demuestra apartarse de una de las virtudes generosas que el investigador debe reunir, pues su búsqueda de la Verdad pierde generosidad. La investigación que se hace con criterio de “progreso utilitario”, no ofrece frutos de calidad. El buen investigador hace todo lo contrario.

Objetable es lo que prefiere un investigador que no quiere publicar en su país lo que ha hecho. Prefiere que se edite en Estados Unidos o en Inglaterra. Piensa que eso le da la ventaja de enriquecer su “curriculum vitae” y lo promociona para alguna posición en otro país. Es posible ello, pero lo disminuye mucho en su deber con la Universidad donde trabaja y le paga como investigador. A gente que así obra, su país no lo necesita, pero la honradez es una rara virtud.

